

anteriores. Cuando preguntamos que si hasta el Sudoeste se podía remontar la sierra Giganta? Dijo Leopoldo que sí; pero que por aquellas partes había muchos edues, que entráramos en sus tierras que quedan hácia el Nordeste y hácia la ranche-
ría de San Nicolás, que allá él nos daría de comer como nosotros le dábamos aquí, y que en su tierra había muchísima y muy buena agua. Como á las tres se fué Leopoldo y también Eusebio, el único edu que se había quedado con nosotros; y llevaron maíz y otros regalitos. Se dijo que los edues no se habían ido todos á sus tierras, y que muchos de ellos estaban pescando en la mar, una legua lejos del real hácia donde se veían unas humaredas. Insinué al señor almirante que yo deseaba ir á verlos para procurar reducirlos con algunos regalos y traer á unos de ellos al real, componiendo las paces que con los azotes se habían quebrantado; y pedí un par de soldados del señor almirante y me dió cuatro de ellos. Fuimos, pues, á caballo, y hallamos muchos didius chicos y grandes, unos conocidos y otros nuevos que nunca habíamos visto; pero ningunos edues. Nos presentaron de sus pescados; repartiles lo que llevábamos, y trajimos unos cuantos de ellos al real convidando á todos los demas se vinieran también y dijeron lo harían al siguiente día. En el real, despues de rezadas las oraciones y doctrina, les dimos maíz; así á éstos como á otros que habían traído pescado, y todos se fueron á dormir á sus rancherías no quedando ni uno siquiera de ellos en el real.

En 12 del mismo, despues de las misas, vinieron al real muchas mujeres y unos chiquillos: las de ayer y otras, que nunca habían venido á este real; y la novedad de la gente extranjera, no dejó de causar al principio espantos, lágrimas y llantos en algunos chiquillos; pero luego, con unos dulces, pinole, panocha de cristiana liberalidad y caridad, se sosegaron y quedaron todos contentísimos. Esta era la pesca que nuestro Señor ayer nos dió, cuando fuimos á la mar. También vinieron otros didius de la ranchería de San Isidro, y entre ellos un buen mozo lla-

mado Andrés que, como los demas, estuvo al rededor de la mesa todo el tiempo que estuvimos comiendo, y despues aguardó hasta que se habían salido todos los demas: entonces nos dijo, no solamente con jestos sino también con palabras que claramente entendí y espliqué desde luego en castellano á los que estaban presentes, y eran el señor almirante, el padre Gony y el señor alférez D. Lorenzo de Lascano, que los edues, estos días pasados, nos habían matado tres bestias (y era así que nos faltaba una cabra, un carnero y una mula), y que los edues por los azotes que uno de ellos había llevado de mano del señor almirante, despues de haber oído esta mi interpretación de lo que decía Andrés, llamó también al alférez Contreras para que él también interpretara y esplicara lo que Andrés decía, y repitió Andrés lo de antes: "que los edues nos habían matado y flechado tres animales y que por los azotes tenían determinado flechar y matar al señor almirante; pero que á nosotros no nos habían de hacer algun mal:" entonces dijo el señor almirante que no les tenía miedo y sacó la espada en señal que con ella y con los arcabuces se habían de defender y matar á los edues. Por la tarde nos dijeron otros didius que ellos eran mas que los edues, que nos avisarian de todo y nos defenderian; en el ínterin negocié que se quedaran á dormir con nosotros en nuestra casa de la Compañía, cinco muchachos didius: Juanillo, Antoñuelo, Eusebio, Fernando y Sebastian y otros tres grandes Francisco, Vicente y Juan Bueno; y aunque algunos eran de parecer no nos habíamos de fiar de indio alguno y se recelaban el tener aquí los grandes; nos pareció que con quedar los chiquitos, los grandes no habían de querer intentar ninguna hostilidad; proseguíase, no obstante, en tener cuidado, y de noche se tocaban las campanas cuando los soldados salían á rondar y se mudaban las centinelas, y se pasó así con algun sociego.

En 13 de Febrero, domingo, antes de las misas el Sr. Domingo Julian ofreció y dió al altar de Nuestra Señora de Guadalupe, las primicias de su nueva milpa de estas Californias,

muchas bien grandes mazorecas de maiz, y unas pequeñas calabazas.

En 14 de Febrero, vinieron tambien á vernos muchos indios nuevos, que nunca habian venido á este real, entre ellos uno se llevó el nombre de Valentin por ser el dia del santo.

En 15 vino Leopoldo, y otros cuantos didius, y con ellos Eusebio el edu, aunque en todos estos dias no habia aparecido otro edu ninguno, ni rastro de ellos. Estos dias se prosiguió en hacer muchos adobes, para la fortificacion, y catorce cruces grandes para ponerlas y andar la via sacra. Esta tarde hubo varias confesiones.

En 16 de Febrero, miércoles de ceniza, se hizo bendicion y dió la ceniza, como lo ordena Ntra. Sta. Madre la Iglesia, hubo sermon, y á todo asistieron muchos de los gentiles, dándonos esperanzas, que el año siguiente tambien ellos la habian de recibir.

En 17 de Febrero se pusieron las santas cruces, para andar las estaciones de la via sacra, particularmente los viernes de cuaresma. Estos dias no supimos nada de los edues, solo esta mañana vino uno llamado Felipe, que nos dijo que los demas habian de venir de allí á siete dias; nos trajo huacamotes, y me ayudó todo el dia con otros muchachitos didius á machacar carrizo para hacer petates para la iglesia.

En 18 pusimos un Santo Cristo grande en el altar para dar esta tarde principio á la via sacra, confesó y comulgó el señor almirante, y á la tarde le anduvimos él y muchos de sus señores soldados y otros, y tambien nos acompañaron muchos de los naturales.

En 20 de Febrero á la tarde después del rosario, hubo plática de doctrina cristiano.

En 21 unos de los didius, particularmente uno llamado Francisco, nos dieron muchas y varias muy buenas noticias de las costas de la tierra adentro de estas Californias, y que tenia mar al rededor, y en la contra costa una muy buena ensenada, dié-

ronnos noticia de tres rios que se juntaban é iban á dar á la contra costa, y que el uno era de los edues, á donde sembraban frijol, en el otro que se sembraba mucho maiz, como el nuestro, como aquel que nosotros habiamos sembrado y cojido los dias pasados, y nos enseñaban el modo de sembrar que ellos tenian; tomando unos granitos de maiz y enterrándolos en unos hoyitos, y tomando unos carrizos para enseñarnos con ellos lo muy alto que crecia dicho maiz de la tierra adentro, y juntamente nos decia que habia junto á dichos rios muchísima gente, chicos y grandes, y un sin fin de almas, y que muchas veces tenian guerras los edues y los didius, y juntamente en esta ocasion supimos como en 23 del pasado mes de Diciembre, cuando entramos á la ranchería de San Nicolás (como queda arriba dicho) los naturales de ella habian querido flechar á Vicente y á Eusebio, que nos habian llevado allá adentro pero que á nosotros no, que nunca nos habian tenido mala voluntad, y así para hacer otras entradas hasta la contra costa no se aguardaba mas que alguna poca mas gente en alguna embarcacion. En la tarde vinieron unos cuantos de los edues con mucha paz y sociogo y dijeron, venia tambien su capitanejo Dionisio, me trajeron huacamotes, les di maiz y pinole y se fueron á dormir á la cercana ranchería.

En 21 vinieron aun mas edues, y con mas paz y fueron á pescar y con los didius nos trajeros pescado para algunos dias, despues vinieron bien pocos edues, y ordinariamente solo uno llamado Eusebio, y otras veces otro llamado Felipe.

En 27 de Febrero de 1684 hubo sermon y doctrina cristiana, despues de entrambas misas. El que estaba de caballada avisó al señor almirante que faltaba una mula, que era del padre Gony, dicho señor almirante envió luego cuatro soldados á caballo en busca de ella, hubo sospechas y se dijo habia dicho un indiezuelo que otro indio llamado Salvador la habia hurtado y comido ya con otros. Púsose el señor almirante á caballo con otros seis soldados y me convidó tambien á mí, y fuimos

á caballo en busca de los delincuentes, por si halláramos lo perdido; entramos por donde nos señalaba el indiezuelo, y la mar hácia el Sur, á donde hallamos unos indios que estaban pescando, y les dimos maiz y pinole, y de vuelta entramos en su ranchería; salieron con nosotros cuatro indiezuelos y Francisco con ellos. Pasamos hácia el Norte, casi camino de una legua, y de vuelta fuimos á la mar del Oriente, á donde hallamos al dicho Salvador pescando y á otros muchos indios, que todos nos dieron mucho y muy lindo pescado, y les dimos maiz y pinole, y como á las dos de la tarde llegamos al real, sin haber podido hallar rastro ni señal ninguna por ninguna parte de lo que se buscaba. Hubo tambien sospechas de que los edues habrian venido á llevársela. A las nueve de la noche se supo que faltaban dos de los indios cristianos de Mayo, no quedaron mas que cuatro indios naturales á dormir en casa de la Compañía, habiéndose retirado los demás seis ú ocho muchachitos.

En 28 por la mañana envió el señor almirante cuatro soldados, hasta la ranchería y aguaje de San Isidro, en busca de la perdida mula, que en la tarde volvieron sin haber hallado rastro de ella. Como á las nueve del dia los indios naturales vinieron á decir les faltaba una de sus valsillas, que los indios nuestros los mayos se las habian quitado, y que en ella se habian ido á sus tierras, esto es, á la costa de Mayo. Hiaqui ó Sinaloa; se presumió que la causa de esta fuga seria el maltratarlos, y la poca comida.

En 29 vinieron á vernos muchos indios de la ranchería de San Isidro, entre ellos Andrés, que nos dijo que estos indios que aquí estaban con nosotros de esta ranchería de San Bruno nos habian matado la mula, y la habian llevado á la ranchería de San Juan, y que la habian matado y comido. A todos los que dijeron las oraciones se les dió mucho maiz; pero como no dijo las personas individuales no se pudo castigar á los delincuentes. Hoy empezaron las faginas de la fábrica de la trin

chera del real y almacén de la pólvora y municion, &c., todo de adobes, que ya estaban hechos como tres mil. Quedaron á dormir en uno de los aposentos de la casa de la Compañía solos cuatro naturales, Eusebio, Isidro, Valeriano y Juan Bueno. Ocho muchachitos, los chiquitos que otras veces acostumbran á dormir y estar semanas enteras sin apartarse de nosotros, quizás por recelo de haber participado de la carne de la hurtada mula, parecia no se atrevian á quedar con nosotros.

En primero de Marzo á la tarde, se dijo vinieron muchos edues, y con mucha gritería, y de guerra: un edu llamado Felipe, el que con Eusebio estos dias pasados habia quedado con nosotros, me trajo de regalo unos bien grandes huacamotes, le dí maiz y tortilla de harina de trigo, que hoy dia habia mandado hacer, para tener que ir repartiendo á estos pobres y hambrientos indios. Al anochecer fuéronse todos los indios, sin que se quedara ni uno; hubo notable recelo en el real; se doblaron las centinelas, y así habia seis centinelas, y toda la infantería estuvo toda la noche dentro de la fortificacion, y aunque como á las ocho de la noche vinieron á dormir en uno de mis aposentos cuatro indios didius, Isidro, Valeriano, Juan Bueno y Vicente; Juan Bueno insinuó que los indios edues estaban con intentos de hacernos algun daño esta noche, y aunque se puso en duda, si lo decia por vendernos finezas, se pasó la noche con las muchas centinelas y rondas, y con mucho cuidado.

En 2 de Marzo por la mañana, supimos que los indios que ayer llegaron, no eran edues sino didius de la ranchería de de San Juan; eran como veinte y cinco de ellos, casi todos nuevos, que nunca nos habian venido á ver, no obstante despues de mi misa como los demás se pusieron de rodillas, y rezando conmigo las oraciones, el Padre nuestro, el Ave María y el bendito y alabado, les dimos maiz yo y el señor almirante; item: chomite y cacles, y quedaron contentos. Poco antes un edu llamado Felipe entró en el aposento del padre Matías Go-

ny y le dijo que los didius querian quitarnos y matarnos toda la caballada, no se hizo caso de esto que dijo; tambien no vinieron á nuestro real ningunos de los muy familiares didius de la vecina ranchería de San Bruno, antes se decia y era así, que se habian ido todos los chiquillos, y las mujeres de ella. Al salir del sol habian salido al pasto, así la caballada con dos soldados, como los carneros, ovejas y cabras con su pastor el indio de Mayo, llamado Jacinto. Los 20 indios nuevos, despues de recibidas las dádivas que les dimos, se fueron y pasaron á juntarse con los didius de San Bruno; y de ahí á un rato oimos gritos y voces de Jacinto el pastor, y que los didius de San Bruno se llevaban los carneros; luego despachó el señor almirante dos soldados á caballo á socorrer al peligro y á traer mas caballos, y fué Nuestro Señor servido que llegaran tan á tiempo, que libraron de las manos de los didius al pastor, y á los carneros; el pastor ya tenia dos flechazos, uno en el brazo derecho y otro en el costado y como eran muchos le habian ya quitado sus flechas; de los carneros y ovejas habian herido diez, que despues fué forzoso el matarlos, pues parecia se habian de morir. Luego que vinieron unos caballos fué el señor alférez Contreras y otros tres soldados á caballo, que encontraron á Jacinto el pastor que venia corriendo mal herido de sus dos flechazos, que luego que llegó le curó el cirujano, y dijo le habia herido Francisco, el indio alto, á quien los dias pasados con muchísimo cuidado habiamos curado de una peligrosa herida, que en una mano se habia dado en la mar y tenia ya el brazo hinchado y estaba tan descolorido y flaco, que habia llegado á grandísimo peligro de perder la vida. Luego fueron aun mas soldados, pero como los indios naturales todos se habian retirado, y huido á lo mas alto de los vecinos cerritos, no se pudieron alcanzar con los caballos, solo el señor Pedro Alvarez disparó un arcabuzaso contra los indios, que le pareció haber herido á uno de ellos, á otro que se llamaba Matías y le hallaron sentado: le queria tirar un señor cabo de es-

cuadra pero le detuvo el señor alférez, á quien constaba la poca culpa y malicia de Matías, y le premió Nuestro Señor la piedad, pues este despues halló y trajo al real un libro de apuntamientos de la lengua, que dicho señor alférez habia perdido, con grande consuelo suyo. En este interin se habian quedado con nosotros en el real con la acostumbrada amistad Eusebio y Felipe, los dos edues, y Isidro, Juan Bueno, Vicente y su padre Bernardo los didius. Como á las dos de la tarde, vimos en un cerrito que está en frente del real, dos indios que salieron de unas cuevas, y que cada uno con su envoltorio bien grande, se subieron á la cumbre, y echaron la carga en salvo, empezaron á dar voces y gritos y disparar flechas por el aire hácia el real, y con el antejo de larga vista reconocimos que eran Francisco el que flechó al pastor, Juan, que llamábamos el Evangelista, que desde el principio cuando llegamos á estos parajes, llevó unos bastonazos de mano del señor almirante por haber hurtado unos calzones blancos; entre ambos habian venido por estos sus trastes que tenian escondidos en dicha cueva, con señas y gritos indicaban que habian de llamar mucha gente de la tierra adentro que vinieran de guerra contra nosotros; estaba este cerrito como un cuarto de legua lejos del real, y aunque el señor almirante envió cuatro soldados á caballo por distintos caminos para cojerlos y matarlos, no pudieron dar con ellos. Un poco mas tarde vino Leopoldo de la tierra adentro, con muchísima amistad como siempre, le enseñamos al herido y le pareció muy mal el hecho de los otros didius, le regalamos y se fué con los demás y solo se quedaron á dormir en mi aposento Isidro y Juan Bueno, los dos didius.

En 3 por la mañana vinieron muchos indios, chicos y grandes de la ranchería de San Isidro, Leopoldo y Andrés y otros, que todos nos dijeron como los indios de la sierra y los indios de esta ranchería de San Bruno habian flechado y matado á los carneros y al pastor teniéndole unos y otros tirándole los dos flechazos, pero gracias á Dios el pastor ya estaba casi fue-

ra de todo peligro y hoy se fué levantando. Hoy empezamos la novena de San Francisco Javier, con plática todos los días, asistiendo á ella en la iglesia así el señor almirante como los demás principales del real, se anduvo la via sacra, pero sin salir del real, por los ruidos y disgustos de ayer. Quedaron á dormir con nosotros Isidro, Juan Bueno y Sebastian, que nos trajeron todo el dia agua, leña y zacate para los caballos y cuanto les mandábamos; los demás bajaron á dormir en la cercana ranchería de San Bruno, Vicente hubiera quedado, pero por haber matado una cabra, que la trajo muerta, siendo así que lo habíamos enviado á que nos la trajera viva, que era una de las que se habian desparramado y hoy habia parecido en la cumbre de un cerrito, aunque no la pudo cojer de otra manera, cuando despues no le cuadró bien al señor almirante la muerte de la cabra, se corrió tanto, que se fué á la ranchería de San Juan de los demás didius.

En 4 de Marzo, despues de medio dia vinieron tres mujeres de San Isidro y á la tarde unos aunque pocos indios de la ranchería de San Bruno, y despues tambien una mujer, el muchachito Dieguillo y dos muchachitas, Teresa y Verónica con mucha hambre; y cuando pregunté por los demás muchachitos, dijeron que andaban por los montes buscando y escarvando huacamotes, les dije que al otro dia los trajeran; les hice rezar las oraciones, les di maiz á todos y quedaron á dormir los de anoche y otros tres nuevos, Valeriano, Diego y Miguel.

En 5 vinieron aun muchos mas didius, chicos y grandes y las mujeres. A uno llamado Salvador, por sospecha que se tenia de haber sido cómplice de las maldades de la mula y carneros, se le habló con mucha severidad, y se fué con algunos otros. Los demás rezaron las oraciones en la iglesia por la mañana y por la tarde y llevaron todos maiz muy contentos. Como á las tres de la tarde vinieron los indios naturales á decirnos que junto á la mar estaban los dos indios cristianos de Mayo que habíamos perdido; que ya habian vuelto y les habian traído su

valsilla. Fué el señor alférez Contreras con dos soldados por ellos y los trajo, los pusieron con grillos y colleras en el zepo, procuré interceder no se les hicieran otros mas graves castigos. Al anochecer vinieron diez edues Gerónimo, Ignacio, Gregorio, Antonio; &c., y dijeron que los chiquillos y tambien su capitanejo Dionisio estaban y habian quedado en sus rancherías, querian venir á dormir al real, pero el señor almirante no los dejó subir, les mandó dar maiz y que el dia siguiente entrarian al real.

En 6 de Marzo, al tiempo de misa, vinieron los edues al real, todos sin armas ningunas, como se los habia dicho y pedido el señor almirante, que las dejaran, y mandaran guardar en la ranchería de San Bruno, rezaron las oraciones y casi todo el dia trabajaron en subir muchísimos adobes para la fábrica de la fortificacion, y aunque habia sospechas de sus proceres y si era de fiarse de ellos, ellos hacian cuanto se les pedía, con muchísima amistad y prontitud, tres quedaron á dormir en los aposentos de la casa de la Compañía, tambien vinieron hoy casi todos los muchachitos y mujeres de los didius, que se habian retirado á San Juan y tuve esta noche llena la casa de estos muchachitos, que se quisieron quedar á dormir como antes en sus acostumbrados cuarteles, cantando la Salve y rezando, y enseñando los unos á los otros las oraciones, que era gusto el ver la docilidad de ellos, aun de los muy chiquitos. En medio de esto, se iba con gran cuidado, pues se decia habia venido otra ranchería á juntarse con los de San Bruno, que los mas de los grandes aunque habian vuelto de San Juan, se habian retirado á hacer su ranchería mas abajo, y no se atrevian á venir al real, quizás de miedo no hubiera castigos rigerosos, y tambien otros algunos temian se iba juntando gente para hacernos guerra.

En 7 confesaron y comulgaron algunos de los de la novena de San Francisco Javier. Hubo muchos edues y didius chicos y grandes, solo no se dejaban ver los cuatro ó cinco gran-

des á quienes se imputaba la culpa de la mula que habia faltado y de los flechazos del cabrero Jacinto; pero fué tanta su mejoría que ya gracias á Dios y al glorioso San Francisco Javier desde ayer le habia dado por libre de su cura el señor cirujano. Se quedaron á dormir en la casa de la Compañía cinco edues y ocho didius, unos de estos muy chiquitos, la cordedad de la casa no admitia mas.

En 8 se prosiguió en fabricar de adobes así la fortificacion como dos ó tres casitas, para la centinela una, y otra de terrado para en ella cuidar la pólvora y municion, &c. El señor almirante envió cuatro soldados á la mar, con pinole y maiz, para que nos trajeran pescado; hallaron entre los demás á Francisco el que habia ayudado á tirar los flechazos al cabrero, les dió pescado aunque con gran temor, descolorido y temblando, y trajeron pescado para unos cuantos dias, quedaron á dormir un aposento lleno de didius y otro de edues.

En 9, así hoy como los demás dias trabajaron muy mucho los naturales en subir zoquite para la fortificacion, y otros materiales. A la tarde tuvieron los naturales una grandiosa y copiosa pesca, y por ese hubo mucha fiesta y gritería entre ellos. Unos de los nuestros se confesaron para ganar las indulgencias de la novena de San Francisco Javier.

En 10 confesaron y comulgaron unos cuantos, entre ellos el señor almirante. Hoy se fueron los edues, y vinieron algunos de los que se tenian por reos de la mula; aunque como se les insinuó que el señor almirante estaba muy enojado, no subieron ni entraron en el real. Se anduvo de via sacra, saliendo del real á las cruces dispuestas en sus pasos, con mucho sociogo y paz en buena compañía del señor almirante y de muchos señores soldados, que la anduvieron con mucha devocion, y tambien nos acompañaron muchos jóvenes gentiles.

En 11 de Marzo por la mañana comulgaron cuatro, y por la tarde hubo la última de las nueve pláticas de la novena de San Francisco Jávier; se confesaron muchos.

En 12, domingo y dia de la canonisacion de nuestro señor patriarca San Ignacio y de San Francisco Jávier, que teniamos adornados sus cuadros con nuevos marcos, y el cuadro grande de Ntra. Sra. de Guadalupe con un retablo nuevo, con notable adorno de nuestra pequeña iglesia, confesaron y comulgaron muchos por ganar las indulgencias de San Francisco Jávier. Los indios didius chicos y grandes, así hoy como los demas dias rezaron con puntualidad las oraciones despues de la misa, por las mañanas y antes de ponerse el sol, por las tardes, en la iglesia; que los que dormian en los dos aposentos de la casa de la Compañía, tambien muy de mañana al levantarse, y de noche al acostarse; y habia muchachitos que sabian muy bien de memoria el Padre nuestro, el Ave-María y el Bendito y alabado, y lo enseñaban á otros mas nuevos que tambien iban aprendiendo á cantar la Salve. No es creible lo mucho que todos estos dias trabajaron así las indias como los indios naturales en traer y subir piedras y zoquite para las paredes de la fortificacion y baluartes que se fabricaban; es verdad que se les iba dando sus puñitos de maiz por su trabajo, pero la limosna del medio almud de maiz, que las tres, cuatro ó cinco semanas pasadas se iba dando las veces que en la iglesia rezaban las oraciones, desde hoy dia cesó; y me dijo el señor almirante que ya no tenia maiz ni otra cosa que darles; con que por esta parte no habia mas alivio ni atractivo que un poco de frijol, tortillas de harina de trigo, pinole, maiz y trigo en grano con que me habian socorrido la mucha caridad de los padres de Hiaqui, Matape y Mayo. Y la esperiencia nos iba enseñando que para la reduccion de éstos, no habia limosna ó regalo mas á propósito que las cosas del necesario sustento; pues sin él se hallan obligados ir semanas y dias enteros á buscarlo en los montes, en la mar, &c.; y con darles un corto sustento quedan con nosotros, hacen y trabajan cuanto se les pide, y todo con mucha voluntad y suma docilidad, facilitándonos humanamente el negocio y fin á que venimos. que es la conversion de sus almas

que tanto costaron á nuestro Redentor. Ni se duda que con las primeras aguas que vengan se podrán sembrar muchas milpas, así de maiz como de trigo y de todo cuanto se dá en Sonora, Hiaqui, Mayo y Sinaloa, para el comun socorro así de ellos como de nosotros; y no de ir ya comiendo unas hortalizas, cebollas, nabos y rábanos que sembramos y se van dando en esta California y hoy dia ofrecieron á nuestra Señora de Guadalupe en el altar, unos bien lindos garbanzos, que son las primicias de los que se dan en estas tierras. Tambien vinieron hoy y estos dias pasados tres ó cuatro de los indios de quien se tenia sospecha que habian sido entre los siete ú ocho que se habian llevado y comido la mula, pero como se les dijo que el señor almirante los queria matar, se fueron llenos de mucho susto. A la tarde hubo doctrina cristiana, así como en la misa sermon, aunque en la doctrina no asistieron sino el señor almirante y otros seis que eran oficiales.

En 14 martes, se dijo que habian venido unos edues.

En 15 miércoles por la mañana, llegaron al real con mucha paz y en mayor señal de ella, unos chiquillos, Luisillo y Juanillo, entre los grandes eran, Ignacio, Antonio, Cosme, Francisco Javier, &c., pero no Dionisio.

El jueves 16, bauticé sclemnemente á un chiquillo de la india de Mayo. Desde hoy empezamos los padres de la Compañía á comer en nuestra casa y no en la mesa del señor almirante, aunque de su cocina se nos enviaba la comida, como cuando comiamos en la mesa del señor almirante. Durmieron en mis dos aposentos 18 indios chicos y grandes, que no cabian mas.

En 18, como á las tres de la tarde, como se vió de lejos no sé que polvadera, hácia donde estaban los caballos y los carneros en el pasto, hubo recelo y cuidado de que no fueran señal de que los indios se llevaban la caballada y por eso se mandaron ensillar dos caballos que estaban en el real, se enviaron dos soldados á ver y saber de lo que habia y socorrer en lo que se

ofreciere, &c, pero encontraron á los de la caballada y á los pastores que venian con suma paz y sociago acercándose hácia el real, sin haber nunca visto ni rastro de ninguna causa del imaginado cuidado de hostilidad de indios

En 19 hubo muchas confesiones y comuniones, sermon y doctrina. A cosa de las diez de la mañana, segun unos decian el viento y segun otros decian, unos indios gentiles derribaron una santa cruz, que desde que llegamos á estos parajes habiamos puesto en un altillo junto á la mar; pero fué Nuestro Señor servido que luego despues de medio dia, con decirlo á los gentiles que vinieron al real, ellos fueron á a bolarla y ponerla como estaba antes. Esta tarde vinieron á vernos muchos indios de la ranhería de San Juan, y unos nuevos entre ellos; siendo así que habia habido muchos dias que desde que faltó la mula, no habian aparecido casi ninguno de todos ellos.

En 20 vinieron muchos edues y entre ellos muchos nuevos, que hasta ahora no habiamos visto, todos con los didius, ayudaron muy mucho en acarrear piedras y zoquite para las paredes de la fortificacion, que con mucha prisa se iba fabricando. A la tarde avisó el señor almirante que los edues estaban para flechar los caballos que estaban en el pasto guardándolos dos soldados; enviáronse otros dos á caballo, y no hubo mas que el haber hallado muchos indios que á la nimia demostracion de quererles tirar un pelletazo, se retiraron y huyeron todos aquellos indios. Vino hoy tambien Pedro, hombre mayor, y que suponía mas entre los suyos, y así como á los principios cuando llegamos á estas tierras, le tuvimos por muy amigo y fino, pero desde entonces que se fué cuando hubo los dos arcabuzasos, nunca habia venido y á la tarde se fué otra vez.

En 21, los dos indios de la ranhería de San Bruo y los de San Juan, tuvieron una muy grande y copiosa pesca; aunque se dijo que á los dos soldados que habian sido de caballada y habian ido á la mar y visto la pesca, no les quisieron dar de su pescado, pues los principales de la pesca eran los que se te-

nian por reos del hurto de la mula que habia faltado los dias pasados y á esos todos los dias anteriores no se les habia querido tablar pacíficamente ó dar señas de amistad. Hoy dia, así los edues como los didius de la ranchería de San Isidro, en particular Leopoldo, trabajaron muchísimo en la fábrica de la fortificacion, de suerte que el señor almirante dijo que Leopoldo trabajó todo el dia como un leon. En casa durmieron solo cinco, pues los demás bajaron á gozar de la copiosa pesca. Estos dias se observó en muchos, que se les hinchaban las encias y se les aflojaban en algo las muelas y dientes.

En 22, como debió de haber muy buena pesca, fueron los muchachos á dormir á su ranchería y tuvieron hasta las ocho de la noche muchísima gritería entre ellos, cosa que hasta ahora nunca habiamos oido.

En 23 vinieron á dormir además de los de siempre, otros muchos nuevos que los trajo Leopoldo desde la ranchería de San Nicolás, y de mas de 20 leguas de la tierra adentro, y como nunca nos habian visto nuestras cosas, la iglesia, las oraciones que se rezaban y enseñaban, así á los grandes como á los muchachitos, las casas, las imágenes, particularmente nuestra Señora del Pasagio con el Santo Niño en los brazos, item la fábrica de la fortificacion, les hacia muchísima armonía; todos trabajaron muy mucho en la fábrica, y para la iglesia me subieron muy lindas y bastantísimas piedras para el altar, para que no fuera menester servirse del altar portátil. Hoy unos de los indios me trajeron pescado, otros cantidad de copale.

En 25 hubo unas confesiones y comuniones y sermones. Vinieron así, hoy como ayer, indios á vernos todos con suma paz y docilidad y solian ordinariamente desde luego ir á ver á una nuestra Señora del Pasagio, con el Santo Niño en los brazos, que yo tenia en mi aposento, que aun los que nunca la habian visto, por lo que de ella oían decir á otros, venian á verla con mucha admiracion y gran deseo de ver á la parida, que así la llamaban, y no se hartaban de ver aquel angelical y divino ros-

tro y los divinos abrazos y risueño rostro del Santo Niño, y como esta Nuestra Señora está con tal artificio, que desde cualquiera parte que uno la esté mirando, parece que con su celestial amabilidad le está mirando á él; ha habido, y muchos dias hay indios é indias, chicos y grandes, que le piden á Nuestra Señora les dé en los brazos á su hermosísimo niño para acariciarle y llevarle en los brazos y sobre los hombros; que así usan llevar sus chiquillos los naturales de estas Californias ó Carolinas. Por estas causas, á esta Nuestra Señora estos dias se le hizo un vistoso bastidor de las cositas que se dan en estas tierras, y se puso en el altar, celebrando juntamente el aniversario del año pasado, cuando dimos la primera vista, tal dia como hoy, á estas Californias ó Carolinas. Tambien el señor almirante y otros que con su merced salieron de México, y de nuestra Señora de los Remedios, para pasar á dar principio á esta empresa y conquista de estas Californias ó Carolinas, y se acordaron de haber pasado estos dias con muchos trabajos, de caminos malos, despeñaderos, aguas, frios y granizo, y que se animaban desde entonces á reconocer que á esta empresa no le habian de faltar muchos trabajos y cruces; pero por el real camino de la santa cruz, se va al laurel del descanso.

En 26, Domingo de Ramos, hubo bendicion y repartimiento de ramos, como se usa en Ntra. Sta. Madre la Iglesia, aunque no pudimos alcanzar las palmas que habiamos pedido de los edues, pues ellos las tienen en sus tierras, aunque algo lejos, y mas de veinte leguas la tierra adentro.

En 27, hubo mucho viento Oeste, Noroeste y tambien Sueste, y nos dió cuidado, por si alguna de las embarcaciones ó todas tres estaban en la mar navegando por acá, pues eran muy grandes los deseos que todos teniamos de que viniera alguno de los navios, no le sucediera alguna fatalidad por la grande falta que nos habian de hacer.

En 28, además del mucho viento, hubo tambien mucho frio, truenos y lluvias en la sierra Giganta, aunque acá en el real